

OCTAVIANO VALDÉS (1901-1991), EL HUMANISTA SONRIENTE

Primero gallardo humanista, luego sabio coordinador y al final guía sonriente y silencioso. Así fue don Octaviano Valdés, quien vivió los nueve decenios que lleva el siglo, y acaba de fallecer el 29 de mayo de 1991.

Don Octaviano Valdés era, hacia 1930, un digno colega de los sabios humanistas Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, en cuya revista *Ábside* (nacida en 1936) dio tan disfrutables ensayos literarios y apologéticos. Muertos los Dióscuros michoacanos hace medio siglo, el doctor Valdés se convirtió en el imán de convergencia de nuestros humanistas, tanto literarios como jurídicos. Pero luego, don Octaviano vivió los últimos decenios de su vida como la personificación de un ideal clásico: una sonrisa para todos y un rechazo para nadie.

Su labor de Conciliador fue incomparable en su “círculo del mate, o té paraguayo”. Durante casi sesenta años, a partir de 1932, don Octaviano Valdés se dedicó a reunir intelectuales a su alrededor.

Esa tertulia nació como la extensión de una amistad entrañable con los hermanos Méndez Plancarte, sus compañeros de estudio en la Universidad Gregoriana de Roma.

Y en casa de don Octaviano se reunían domingo a domingo, durante más de medio siglo, abogados ilustres como Agustín Yáñez, Alfonso Noriega y Francisco Liguori; pintores como Federico Cantú, Ángel Zárraga y Fernando Leal, padre e hijo; novelistas como Alfredo Leal, Héctor Morales y José Pardo; poetas y estudiosos como José Luis Martínez, Alí Chumacero, Enrique González Rojo y Andrés Henestrosa. Éste último decía acudir allí “con todas mis simpatías y ninguna de mis diferencias”.

Pero el núcleo de esa tertulia fueron siempre los humanistas: Antonio Gómez Robledo, internacionalista y filósofo; sus hermanos Javier e Ignacio, clasicistas de talla entera; Francisco José Cabrera, el cantor de la *Laus Guadalupensis*; Ángel María Garibay,

tesonero nahuatlato y helenista; Joaquín Antonio Peñalosa, latinista y sagaz poeta; y Antonio Brambila, filósofo humorista. De cuando en cuando se vio allí a don Sergio Méndez Arceo, y todavía logramos conocer al gentil historiador Rafael Aguayo Spencer, experto en la obra de Tata Vasco.

Ya en los últimos años de don Octaviano, lo visitaron a menudo latinistas tales como Salvador Díaz Cíntora y Tarsicio Herrera.

¿Estaba cansado el señor Valdés de recibir a personas tan disímbolas por más de medio siglo? Al contrario. En una comida de contertulios comentó: “La perspectiva de la reunión del próximo domingo me hace vivir con nuevos ánimos”.

En esas reuniones se comentó muchas veces el lirismo de los poemarios del señor Valdés: *El pozo de Jacob* y *Bajo el ala del ángel*. Se habló del contenido semiautobiográfico de su novela *La cabellera de Berenice*, y sobre todo, de la garra con que don Octaviano cinceló *El padre Tembleque* en 1945, dos años después de que Camilo José Cela creara su “neorrealista” *Pascual Duarte*, novela de parecidas inquietudes.

Siempre fueron alabadas las antologías del doctor Valdés: *Poetas neoclásicos* (B.E.U., ca. 1950), *El humanismo mexicano* (selección de ensayo de Gabriel Méndez Plancarte, S.C.M., 1970) y *Crítica de críticas* (1984), ensayos de Alfonso Méndez Plancarte sobre Sor Juana.

Pero un lugar privilegiado ocuparon siempre allí los libros plenamente humanísticos de don Octaviano: *El prisma de Horacio*, ensayos de 1937, el mismo año del *Horacio en México* de don Gabriel. Y la obra cumbre del humanista Octaviano Valdés es su versión (1942) de la *Rusticatio Mexicana* en florida prosa. Esa obra vino a desbancar la traducción anterior del licenciado Loureda, puesto que fue creada con mayor comprensión del texto hexamétrico latino de Rafael Landívar, fue cincelada con toda la galanura del atildado postmodernista que lanzó su canto de cisne en dos bellos cuadernos.

Ellos fueron: *Amado, Manuel José y otros exámenes* (ca. 1980), y *Ángel María Garibay* (1985), biografía de su maestro y amigo. Bellamente quedó cerrada la creación del doctor Valdés con un canto a la amistad, pues él la supo cultivar durante los nueve decenios de su vida.

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN